

Rosa Lía Largo Hernández Una vida de servicio

FERNANDO CORDOVEZ

Cuando en el valle de Zaquencipa se investiga sobre causas empáticas y emprendimientos sociales hay una mujer que siempre aparece como punto de referencia: Rosa Lía Largo Hernández, líder de la etnia embera-chamí que se enamoró de este territorio.



Rosa Lía nació en el Resguardo Colonial Cañamomo y Lomapieta, en Riosucio, Caldas, una de las comunidades ancestrales más antiguas de Colombia, cuya constitución data de 1540. El padre de Rosa Lía, don Pastor de Jesús Largo Aricapa era un hacendado dedicado tanto a labrar sus tierras como al cuidado de sus hijos. Gozaba del cariño y respeto de la comunidad y de sus trabajadores. Consagrado a sus hijos, tenía una gran biblioteca y en las noches acostumbraba leer clásicos de la literatura a Rosalía y a sus hermanos. Ella recuerda especialmente al escritor, filósofo, historiador, jurista y francmasón Voltaire (1694-1778), una de las cabezas visibles de la Ilustración e ideólogo y orientador de los postulados de la revolución francesa. Estas lecturas por parte de su padre originaron en Rosalía el interés por la ayuda mutua y la solidaridad social.

La compasión siempre ha sido una de sus cualidades, como cuando con cuatro años de edad decidió “volverse vegetariana” luego de presenciar el sacrificio al que eran sometidos los animales que presentaban en la mesa para sus viandas. A los seis años quedó huérfana, pues su padre fue asesinado en un episodio de despojo de tierras. Rosa Lía y su hermano menor Ramsés fueron acogidos por sus padrinos. Su hermano mayor, Pastor Humberto, ya se encontraba con ellos, dado que un par de años atrás su madre, doña Graciela Hernández, había dejado el hogar. Pastor Humberto fue asesinado en el 2001, a consecuencia del trabajo comunitario que desarrolló en el resguardo.

“Mis padrinos eran líderes de la comunidad. Haber crecido con ellos y ser parte de una comunidad me ayudó mucho”. La muerte de su papá, don Pastor de Jesús, afianzó en la niña la determinación de ser fuerte ante sus convicciones y destacarse en el estudio, comprometiéndose a fondo con su vida y la de sus semejantes.

A los dieciocho años, al terminar sus estudios de bachillerato parte para el Putumayo y el Cauca como misionera con la congregación de las Hermanas Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena, de la madre Laura.

A los 24 años se encontró trabajando en Cajicá con la Fundación Niños de los Andes. Recordaba las palabras de su padre: “estudia para que cuando seas grande no seas servil de tiranos y el juguete de voraces pasiones y bribones”. Se volcó a trabajar con los niños que habían sido rescatados de las alcantarillas y calles de Bogotá y después de dos años de trabajo emprendió viaje rumbo al valle de Zaquencipa, con destino a Ráquira, a “amasar barro para sanar y dejar dolores”.

Muy pronto, en 1994, se encontró en Villa de Leyva trabajando en el taller de cerámica con doña Gladys Romero, en una casona en el Parque Ricaurte donde hoy en día, después de “ires y venires”, imparte clases de arte y de pintura para niños los sábados en la tarde. Rosa Lía se radica en Villa de Leyva por su amor y preocupación por la infancia. Es así como lidera y participa en diferentes proyectos y actividades dirigidas a la protección y educación de los infantes.

Su pasión por el servicio la lleva a apoyar causas ambientales de diferente índole como liderar caminatas ecológicas en distintas zonas del valle. Diseña senderos ecológicos y en los recorridos que hace por ellos habla a los niños del amor y cuidado hacia la naturaleza y enseña sobre las plantas, sus propiedades medicinales y usos. Actualmente participa con un programa de voluntariado de restauración natural asistida, en un terreno de 20 hectáreas, en la zona baja de potreritos, zona de amortiguación de Iguaque cerca a la *Hospedería Duruelo*.



Por su labor social representó a Boyacá en los premios mujer *Cafam* 2010. En 2017 resultó finalista en el premio mujer de *Éxito* por su emprendimiento rural por la conservación ambiental. Hoy, entre tejidos, niñez y su trabajo de restauración ecológica, Rosa Lía consolida su voluntariado de servicio a la comunidad y sirve de guía de acción a quienes, con el mismo amor, quieren seguir sus pasos. Es una fundadora en Casa Universo y jugó un papel clave en la creación de la ludoteca de Villa de Leyva.

Siguiente →



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

Mauricio Ardila Servicio, pensamiento ancestral y territorio

Villa de Leyva ha sido parte de la vida de Mauricio Ardila desde joven. Reconoce en el valle de Zaquencipa un territorio «de origen» al que hay que cuidar como lugar de creación de nuestros ancestros muisca y de encuentro entre varias culturas. Desde que comenzó a vivir aquí de manera permanente, hace 15 años, ha seguido caminando y conociendo cada rincón del territorio. Ha abierto su casa a la comunidad, especialmente a los jóvenes, quienes encuentran allí, en largas charlas alrededor del fuego, claridad sobre su camino de vida y su sentido de pertenencia. Se ha dedicado también a asesorar procesos personales y educativos. Ha impulsado de manera contundente la participación ciudadana para cuidar el patrimonio indígena de la región y, concretamente, la laguna de Iguaque.



Mauricio Ardila durante uno de los pagos hechos cuando se interviene la sagrada laguna de Iguaque con una tarima

Desde muy temprana edad, Mauricio estuvo inmerso en una familia entregada al servicio. Creció rodeado de educadores, políticos, pensadores, músicos, religiosos, e investigadores. De su padre escuchó que el trabajo no se hace por dinero, sino como una forma de devolverle algo a la comunidad y por el bienestar de todos. Nació con una gran capacidad para escuchar al otro, al entorno y al territorio. Y esta escucha atenta, le sería reconocida más adelante por sabios indígenas, que lo han acompañado a desarrollarse como líder comunitario y espiritual.

En el 2013 estableció la *Fundación Zaquencipa*, que nació de la necesidad de recuperar un orden natural de vida en armonía con el entorno físico, espiritual y cultural/comunitario, y de regresar a un estado de bienestar a través del cuidado del territorio donde se reside.

Teniendo en cuenta la importancia de la memoria, la Fundación se dedica a rescatar, investigar y difundir los conocimientos y vivencias de nuestros ancestros indígenas y nuestra cultura campesina. Asimismo, está comprometida a investigar, documentar y recuperar la memoria tradicional (plantas medicinales, música, danza, tejidos, mitos y leyendas, caminos, trabajo con la tierra y otros).

Otros proyectos son la grabación audiovisual de testimonios de los abuelos y abuelas del territorio; la creación de un centro de documentación y de información sobre la región; el apoyo al rescate de la lengua muisca (con cursos y publicaciones del diccionario español/muisca), y el acompañamiento a procesos personales desde lo ancestral, creando espacios y formas de encuentro para fomentar el diálogo.



Desde hace muchos años Mauricio se ha interesado en la cultura de diferentes comunidades indígenas con las que ha compartido su vida cotidiana por temporadas, hasta convertirse en líder espiritual desde el pensamiento ancestral muisca. Está en frecuente comunicación con líderes de varias etnias indígenas, con quienes teje la lectura del territorio. Ha sido reconocido por su sabiduría y visión por ancianos de varias culturas como los pueblos kogi, arhuaco y wiwa de la Sierra Nevada de Santa Marta, los potawatomi y ojibwa del norte de los Estados Unidos y los shipibo de la Amazonia peruana.

Su trabajo fue reconocido por el Concejo Municipal de Villa de Leyva en el 2018, «por su incondicional servicio a la comunidad, demostrando ser una familia ejemplar comprometida con el rescate, investigación y difusión de los conocimientos de nuestras ancestros indígenas, por sus aportes en la construcción de la educación, el cuidado de la riqueza arqueológica, conectándonos con el entorno físico, espiritual y cultural/comunitario».



Una familia comprometida con el rescate, investigación y difusión de los conocimientos ancestrales

Mauricio ha combinado su camino desde el pensamiento ancestral al servicio de otros con su vida profesional y académica. Primero estudió ingeniería civil, historia, y música, para finalmente llegar a la ingeniería de sonido. Luego profundizó sus estudios en la percepción sonora y el estudio del espacio sonoro. Desde allí, se entregó a enseñar lo que había aprendido. Fundó la primera carrera universitaria en ingeniería de sonido de América Latina en la Universidad Javeriana. Creó los primeros encuentros latinoamericanos en español para ingenieros de sonido. Fue profesor en varias universidades y ha trabajado con artistas internacionales y nacionales durante más de 35 años. Su aporte profesional fue premiado por la *Audio Engineering Society* en el 2016, al nombrarlo *Fellow* (miembro) de dicha sociedad, primer latinoamericano y primer colombiano en obtener ese honor. Este trabajo como productor de sonido lo trajo muchas veces a Villa de Leyva a grabar músicas en las iglesias del pueblo y eso le llevó a ser cofundador de los *Encuentros de Música Antigua* que se llevan a cabo en Semana Santa.

Desde su vida profesional y académica, así como desde su camino como líder espiritual, Mauricio Ardila se ha entregado al servicio a su comunidad, a la memoria del territorio y al bienestar del Todo, desde el valle de Zaquencipa. Él aprendió de las comunidades indígenas que *el servicio* es parte del orden natural, de un orden mayor: es el pensar comunitario plasmado en la función de cada uno para el bienestar de todo, no solo de lo humano, en armonía con todas las cosas, con el gran tejido de todo, del cual el territorio es una manifestación.

← Anterior | Siguiente →



Históricos Descargar



Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

San José paga las deudas

ANA MARÍA ECHEVERRI S.

De milagro en milagro ha ido surgiendo la *Ciudad de Dios* de Villa de Leyva. Hace 20 años, con muchos sueños y sin un peso, el padre Arsecio Escobar decidió —con el apoyo de san José, en quien cree a ojos cerrados— construir un lugar para ayudar a los más necesitados de la región. Hoy, en un hermoso valle con la montaña de Iguaque al fondo, se levantan varios edificios donde suceden muchas cosas: habitan cincuenta ancianos, en su mayoría muy pobres; en varios salones coloridos, setenta niños muy pequeños comparten con alegría, aprenden a socializar y desarrollan sus habilidades; viven de forma permanente treinta religiosos de seis comunidades conformadas por franceses, mexicanos y colombianos, que han decidido entregar su vida al servicio de los más necesitados. También se celebran bodas, bautizos, misas de sanación...



Cuando uno divisa desde la colina esta ciudad de adobe y techos de teja, se pregunta por su historia y la de ese sacerdote carmelita que le ha dado vida. Arsecio Escobar nació en Antioquia, en una familia de seis hermanos y a sus 16 años decidió recorrer el país “a dedo”, como artesano, participando en ferias donde vendía artículos repujados en cuero. Durante nueve años se alejó totalmente de la religión católica y sus prácticas, pero cuando tenía 22, la vida lo llevó a ingresar al Minuto de Dios, donde descubrió su vocación sacerdotal. Un año después llegó al Carmelo en Villa de Leyva, se ordenó como Carmelita y allí permanece hasta el día de hoy.

Fue cuando lo nombraron maestro de los novicios carmelitas que el padre Arsecio se hizo amigo íntimo de san José, por culpa de santa Teresa quien manifestaba ser su seguidora. Así, el día que se cerró el negocio del lote donde se ubicaría el proyecto de la *Ciudad de Dios*, el sacerdote, sin asomo de duda le dijo: “San José, debés sesenta millones”. El santo escuchó su plegaria y se las arregló para enviarle el dinero. Desde ese instante, en la *Ciudad de Dios* nunca ha faltado nada: “vivimos al día, a veces se acumulan las cuentas, pero siempre oramos a san José todos juntos y en el último momento, de formas inverosímiles, aparece la plata”. Ha sido fundamental para concretar este anhelo, el apoyo permanente de cómplices firmes y generosos como Antonio Montaña, Inés Buitrago y el arquitecto Orlando Flores.



Con el lema de **ORAR AMAR SERVIR**, este sueño se ha regado por las regiones más pobres de Colombia y hoy existen 27 sedes de la *Ciudad de Dios*, cada una con un enfoque diferente, ajustado a las necesidades de cada lugar. Pero ¿cómo hace uno para tener tanta “cuerda”? ¿para llevar a cabo empresas tan grandes y arriesgadas? Le pregunto al Carmelita: “Ante lo que veo imposible de alcanzar —responde— me hago una pregunta: ¿cuál es el paso más pequeño que puedo dar, cuál la mínima acción que podría realizar con miras a lograr el objetivo que deseo? Me doy cuenta de que ese primer paso por pequeño e insignificante que sea, me da seguridad. Me doy cuenta de que repitiendo esa acción una y otra vez, voy logrando que se acreciente mi deseo de ir siempre a más. Así los caminos se van abriendo y Dios va obrando al contemplar nuestra disponibilidad y nuestra fe. Por eso yo repito: Cree que puedes y podrás. Para el que cree, todo es posible”.



Padre Arsecio, y para usted ¿qué es el servicio?

Servir es donarse, es entregarse con todo su ser a Dios y a los demás. Servir da felicidad, es el único camino. Buscarse a uno mismo gratifica pero no da felicidad, solo el servir lo hace a uno feliz. Para mí, solo servir le da sentido a la vida”.

← Anterior | Siguiente →



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete

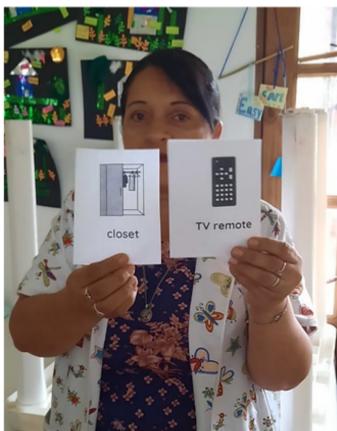
Anaïs Devouassoux: Una francesa enamorada de Villa de Leyva

©CONEXIÓN ZAQUENCIPA



Anaïs Devouassoux llegó a Colombia procedente de Francia en enero de 2020 con la idea de conocer el país y algunos otros países de Suramérica. Pero apenas iniciaba su viaje cuando se empezó a hablar del brote de COVID19 y es en esas circunstancias, dice Anaïs, “terminé encerrada en Colombia” y al conocer Villa de Leyva “me enamore del pueblo, su gente y la tranquilidad que se vive.” Se incorporó como profesora en *Get On Institute*, una escuela de idiomas que se había creado en 2019, para enseñar inglés y francés, y como retribución recibió clases de español.

En el 2022, *Get On Institute* quedó bajo la dirección de Anaïs, quien, con su pasión por los idiomas y al ver cómo las lenguas enriquecían su vida, se dedicó de lleno a la labor de desarrollar el centro de idiomas para que tuviera gran impacto en la población villaleyvana. Incluso los extranjeros que llegan a Colombia pueden recibir allí clases de español. Pero la meta de Anaïs iba mucho más allá de un trabajo docente de carácter privado. Ideó entonces una forma para que los seis profesores del plantel, oriundos de diferentes países, fueran también una oportunidad para la infancia nativa que no podía acceder a los servicios del instituto. Así, como aporte a la comunidad, ellos dictan clases gratuitas a los niños de las escuelas veredales de El salto y la lavandera, Sabana y San Roque.



Los profesores de las escuelas también se benefician de la práctica con profesores extranjeros

Esta experiencia es doblemente enriquecedora: para los niños, porque aprenden de buena fuente las bases de otro idioma y comparten con extranjeros, lo que amplía su visión del mundo, y para los profesores porque es gratificante la experiencia y pueden tener una vivencia cultural y humana que les permite conocer la cultura de país desde sus gentes. En este programa de voluntariado se benefician 105 niños semanalmente y para Anaïs Devouassoux, en crecimiento constante tanto profesional como personal, representa también la opción de retribuir a valle de Zaquencipa esa opción de vida que no estaba en su mente cuando salió de su país a recorrer el mundo.



← Anterior |



Históricos

Descargar

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete